



CAPÍTULO III

En el que nuestro Perico cuenta cómo concluyó el cura su sermón; la mala mano que tuvo en una peste y el endiablado modo con que salió del pueblo, tratándose en dicho capítulo, por vía de intermedio, algunas materias curiosas

—No se crea, señores, continuó el cura, que yo trato de poner á los médicos en mal. La medicina es un arte celestial de que Dios proveyó al hombre: sus dignos profesores son acreedores á nuestras honras y alabanzas; pero cuando éstos no son tales como deben ser, los vituperios cargan sobre su ineptitud y su interés, no sobre la utilidad y necesidad de la medicina y sus sabios profesores. El médico docto, aplicado y caritativo es recomendable; pero el necio, el venal y

que se acogió á esta facultad para buscar la vida, por no tener fuerzas para dedicarse al *mecapal*, es un hombre odioso y digno de reputarse por un asesino del género humano con licencia, aunque involuntaria, del Proto-medicato.

A médicos como estos desterraron de muchas provincias de Roma y otras partes, como si fueran pestes, y en efecto, no hay en un pueblo peste peor que un mal médico. Mejor sería muchas veces dejar al enfermo en las sabias manos de la naturaleza que encomendarlo á las de un médico tonto é interesable.

—Pero yo no soy de esos, dije yo algo avergonzado, porque todos me miraban y se sonrieron.—Ni yo lo digo por usted, respondió el cura, ni por Sancho, Pedro ni Martín; mi crítica no determina persona, ni jamás acostumbro tirar á ventana señalada. Hablo en común y sólo contra los malos médicos, empíricos y charlatanes, que abusan de un arte tan precioso y necesario de que nos proveyó el Autor de la naturaleza para el socorro de nuestras dolencias. Si usted ó alguno otro que oiga hablar de esta manera se persuade á que se dice por él, será señal de que su conciencia lo acusa, y entonces, amigo, al que le venga el saco que se lo ponga en hora buena. Bien es verdad que eso mismo que usted dice, de que no es de esos, lo dicen todos los *chambones* de todas las facultades, y no por eso dejan de serlo.

—Pues, no señor, le interrumpí, yo no soy de esos; yo sé mi obligación y estoy examinado y aprobado *nemine discrepante*, con todos los votos, por el real Proto-medicato de México; no ignoro que las partes de la medicina son: Fisiología, Patología, Semeiótica y Terapéutica; sé la estructura del cuerpo humano; cuáles se llaman fluidos, cuáles sólidos; sé lo que son huesos y cartílagos; cuál es el cráneo, y que se compone de ocho partes; sé cuál es el hueso occipital, la duramáter y el frontis; sé el número de las costillas, cuál es el esternón, los omoplatos; el cócix, las tibias; sé qué cosa son los intestinos, las venas, los nervios, los músculos, las arterias, el tejido celular y el epidermis; sé cuántos y cuáles son los humores del hombre, como la sangre, la bilis, la flema, el chilo y el gástrico; sé lo que es la linfa y los espíritus animales y cómo obran en el cuerpo sano y cómo en el enfermo; conozco las enfermedades con sus propios y legítimos nombres griegos, como la ascitis, la anasarca, la hidrofobia, el saratán, la pleuresía, el mal venéreo, la clorosis, la caquexia, la podagra, el parafrenitis, el priapismo, el paroxismo, y otras mil enfermedades que el necio vulgo llama hidropesía, rabia, gálico, dolor de costado, gota y demás simplezas que acostumbra; conozco la virtud de los remedios sin necesitar saber cómo los hacen los boticarios y los químicos; los simples de que se componen y el modo cómo obran

en el cuerpo humano, y así sé los que son febrífugos, astringentes, antiespasmódicos, aromáticos, diuréticos, errinos, narcóticos, pectorales, purgantes, diaforéticos, vulnerarios, antivenéreos, emotoicos, estimulantes, vermífugos, laxantes, cáusticos y anticólicos; sé... — Ya está, señor doctor, decía el cura muy apurado, ya está, por amor de Dios, que eso es mucho saber, y yo maldito lo que entiendo de cuanto ha dicho. Me parece que he estado oyendo hablar á Hipócrates en su idioma; pero lo cierto es que con tanto saber despachó en cuatro días á la pobre vieja hidrópica tía Petronila, que algunos años hace vivía con su ¡ay! ¡ay! antes que usted viniera, y después que usted vino le aligeró el paso á fuerza de purgantes muchos, muy acres, y en excesivas dosis, lo que me pareció una herejía médica, pues la debilidad en un viejo es cabalmente un contraindicante de purgas y sangrías. Motivo fué éste para que el otro pobre gotoso ó reumático no quisiera que usted acabara de matarlo.

Con tanto saber, amigo, usted me va despoblando la feligresía sin sentir, pues desde que está aquí he advertido que las cuentas de mi parroquia han subido un cincuenta por ciento; y aunque otro cura más interesable que yo daría á usted las gracias por la multitud de muertos que despacha, yo no, amigo; porque amo mucho á mis feligreses, y conozco que á dura tiempo,

usted me quita de cura, pues acabada que sea la gente del pueblo y sus visitas yo seré cura de casas vacías y campos incultos. Conque vea usted cuánto sabe, pues aun resultándome interés, me pesa de su saber.

Riéronse todos á carcajadas con la ironía del cura, y yo, incómodo de esto, le dije ardiéndome las orejas: — Señor cura, para hablar es menester pensar y tener instrucción en lo que se habla. Los casos que usted me ha recordado por burla son comunes; á cada paso acaece que el más ruin enfermo se le muere al mejor médico. ¿Pues qué, piensa usted que los médicos son dioses que han de llevar la vida á los enfermos? Ovidio en el libro primero del Ponto dice: «que no siempre está en las manos del médico que el enfermo sane, y que muchas veces el mal vence á la medicina.»

*Non est in medico semper relevetur ut ager;
Interdum doctâ plus valet arte malum.*

El mismo dice que «hay enfermedades incurables que no sanarán si el propio Esculapio les aplica la medicina,» y harán resistencia á las aguas termales más específicas, tales como aquí las aguas del Peñón ó Atotonilco, y una de estas enfermedades es la epilepsia. Oigan ustedes sus palabras:

*Afferat ipse licet sacras Epidaurius herbas,
Sanavit nulla vulnera cordis ope.*

En vista de esto, admírese usted, señor cura, de que se me mueran algunos enfermos, cuando á los mejores médicos se les mueren. No faltaba más sino que los hombres quisieran ser inmortales sólo con llamar al médico.

Que el viejo gotoso no quisiera continuar conmigo, nada prueba sino que conoció que su enfermedad es incurable, pues, como dijo Ovidio, *loco citato*, la gota no la cura la medicina,

Tollere nodosam nescit medicina podagram.

—Yo soy el loco, dijo el cura, y el majadero, y el mentecato en querer conferenciar con usted de estas cosas.

—Usted dice muy bien, señor licenciado, dije yo, si lo dice con sinceridad. En efecto, no hay mayor locura que disputar sobre lo que no se entiende. *Quod medicorum est promittunt medici, tractant fabrilia fabri*, decía Horacio en la epístola I, del libro I. Señor cura, dispute cada uno de lo que sepa, hable de su profesión y no se meta en lo que no entiende, acordándose de que el teólogo hablará bien de teología, el canonista de cánones, el médico de medicina, los artesanos de lo tocante á su oficio, el piloto de los vientos, el labrador de los bueyes, y así todos.

Navita de ventis, de bobus narret arator.

Se acabó de incomodar el cura con esta impolítica reprensión, y parándose del asiento, alzándose el birrete y dando una palmada en la mesa, me dijo:—Poco á poco, señor doctor, ó señor charlatán; advierta usted con quién habla, en qué parte, cómo y delante de qué personas. ¿Ha pensado usted que soy algún *topile*, ó algún barbaján para que se altere conmigo de ese modo, y quiera regañarme como á un muchacho? ¿O cree usted que porque lo he llevado con prudencia me falta razón para tratarlo como quien es, esto es, como á un loco, vano, pedante y sin educación? Sí, señor, no pasa usted de ahí ni pasará en el concepto de los juiciosos, por más latines y más despropósitos que diga...

El subdelegado y todos, cuando vieron al cura enojado, trataron de serenarlo, y yo, no teniéndolas todas conmigo, porque á las voces salieron todos los indios que ya habían acabado de comer, le dije muy fruncido:—Señor cura, usted dispense, que si erré fué por inadvertencia y no por impolítica, pues debía saber que ustedes, los señores curas y sacerdotes, siempre tienen razón en lo que dicen y no se les puede disputar; y así lo mejor es callar y «no ponerse con Sansón á las patadas.» *Ne contendas cum potentioribus*, dijo quien siempre ha hablado y hablará verdad.

—Vean ustedes, decía el cura; si yo no estuviera satisfecho de que el señor doctor habla sin reflexión